



AIMEE
NEZHUKUMATATHIL

UN MUNDO ASOMBROSO

Elogio de las luciérnagas,
tiburones ballena
y otras maravillas

Ilustraciones de
FUMI MINI NAKAMURA

Traducción de
MARÍA JOSÉ DÍEZ PÉREZ

Ariel

Título original: *World of Wonders*

Primera edición: junio de 2022

© 2020, Aimee Nezhukumatathil
© 2021, María José Díez Pérez, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3558-2
Depósito legal: B. 9.504-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



ÍNDICE

1. Catalpa	13
2. Luciérnaga	21
3. Pavo real	27
4. Nuez de mar	32
5. Nometoques	37
6. Cucarachero desértico	40
7. Narval	47
8. Ajolote	55
9. Rana danzarina	61
10. Calamar vampiro	67
11. Monzón	72
12. Flor cadáver	83
13. Macaco coronado	88
14. <i>Calendars poetica</i>	92
15. Tiburón ballena	99
16. Pájaro estaca	107
17. Naranja dulce	112
18. Pulpo	117
19. Cacatúa ninfa	122

20. Fruta del dragón.	127
21. Flamenco rojo.	130
22. Anguila de listón azul	137
23. Preguntas que surgen mientras busco pájaros con mis hijos mestizos, de seis y nueve años	143
24. Ave del paraíso soberbia	149
25. Tritón del este.	154
26. Casuario común	161
27. Mariposa monarca	167
28. Luciérnaga oriental (reeditado)	171
<i>Agradecimientos</i>	177

CATALPA

Catalpa speciosa

Una catalpa puede ser una sombrilla verde que protege del sol a dos niñas de piel morena en el oeste de Kansas. «Cuidado, cuidado, que luego os ennegrecéis», solía recordarnos nuestra madre cuando nos exponíamos a la luz implacable del Medio Oeste. Cada día después del colegio, el autobús nos dejaba a mi hermana pequeña y a mí delante del Hospital Estatal de Larned, y cada día nuestros compañeros se nos quedaban mirando mientras el autobús se alejaba. Yo abría la puerta de la casa de la doctora —donde vivíamos mientras mi madre trabajó en aquel hospital psiquiátrico— con una llave que llevaba colgada al cuello con un cordón y entrábamos, nos preparábamos un tentempié y terminábamos los deberes de divisiones o de ortografía. Esperábamos allí hasta que nuestra madre llamaba para avisarnos de que podíamos ir a su despacho, una llamada que significaba que le faltaban unos diez minutos para dar por concluida la jornada. Apagábamos el televisor y embutíamos los pies

como buenamente podíamos en las cangrejeras de plástico para recorrer el tramo como de una manzana que nos separaba del edificio de administración del hospital. Las catalpas salpicaban los amplios jardines y velaban por nosotras mientras nos dirigíamos al despacho de nuestra madre. Mi hermana y yo sabíamos que no debíamos acercarnos a la valla de la residencia de los pacientes, ya que a veces dejaban que estos jugaran al baloncesto fuera, tras tres capas de alambre de espino. De cuando en cuando, sin embargo, yo me permitía mirarlos cuando iba montada en mi bici de tres velocidades de color granate y a veces un enfermo me saludaba al pasar.

Las catalpas son uno de los árboles caducifolios más grandes, con casi veinte metros de altura, y de ellos cuelgan vainas largas que encierran semillas planas y con alas que las ayudan a volar. Debido a las vainas, algunos llaman a las catalpas árbol de los cigarros, árbol de las trompetas o *catawba*. Las catalpas os pueden ayudar a grabar el aplauso del viento, que hace que sus enormes hojas con forma de corazón choquen las unas con las otras; esas hojas tienen caracolillos, como los de un muchacho travieso de una película de los años cincuenta cuya primera carrera de coches termina con una derrota y batidos derramados. Sin embargo, estas hojas pueden revelarse en un aplauso atronador si hace un día especialmente ventoso. Una catalpa plantada demasiado cerca de una casa es la crónica de una calamidad anunciada, pero tal vez haya quien piense que el peligro no es tan amenazador, puesto que las catalpas también proporcionan buena madera para guitarras. Y ¿quién se atrevería a cuestionar esa canción en las llanuras?

Todas esas canciones atraen a la polilla esfinge, que de una sentada pone alrededor de quinientos huevos de medio milímetro en las hojas de la catalpa. Estas hojas son la única fuente de alimento de la polilla, y si se deja campar a sus anchas a las orugas de la polilla esfinge, pueden defoliar por completo un árbol imponente. Los niños de las llanuras centrales de Estados Unidos saben que vale la pena gastar el dinero en estos gusanos. Las orugas de la polilla esfinge (a las que también se conoce como «chuches de los bagres») son preciados cebos de pesca; los bagres y las percas azules las engullen sin que al parecer sospechen lo más mínimo de que hayan aparecido repentinamente en el agua.

A veces, antes de salir de la casa de la doctora para ir a buscar a nuestra madre, mi hermana y yo nos hacíamos con monedas para la máquina expendedora que había en la antesala de su despacho. En 1986 un *brownie* de Little Debbie costaba unos preciosos treinta y cinco centavos; preciosos porque la poca paga que nos daban era impredecible, de manera que no podíamos contar con ella para comprarnos un montón de pulseras de goma con la idea de imitar a Madonna o para algún que otro helado al corte de noventa y nueve centavos de Dairy Queen o para ahorrar para otro par de vistosas cangrejas. En ese condado pequeño y aletargado nos conocían como las hijas de la nueva doctora, pero mi madre se aseguró de que no nos malacostumbráramos, a diferencia de la mayoría de los hijos de sus compañeros, unos niños que tenían seis o siete pares de las últimas zapatillas deportivas de media caña o que ya hablaban de cuál sería su pri-

mer deportivo de lujo. De manera que nuestro derroche tenía lugar la tarde esporádica que mi hermana y yo reuníamos el dinero suficiente para compartir un *brownie*.

Tras saludar a la recepcionista, subir en ascensor unas plantas y pasar por delante de las mesas de billar y la sala de estar de los pacientes, saludábamos a nuestra madre con trocitos de chocolate en la sonrisa. «Las caries, las caries», nos advertía mientras dejaba lo que estuviera haciendo para darnos un abrazo y un beso. Tardé años en atar cabos: su día transcurría intentando ayudar a pacientes que con frecuencia le lanzaban indirectas racistas y amenazas violentas, como «Largo de aquí, amarilla» o «Te voy a estrangular con mis propias manos». No sé cómo podía con las microagresiones de familias que le decían que no entendían su acento, que le hablaban a gritos y despacio, como si mi madre —la mejor de su promoción, la primera doctora de su pequeña aldea del norte de Filipinas— fuese una niña que no se enteraba de nada. Sin embargo, ella siempre mantenía la calma, repitiendo recomendaciones y redactando informes sin perder los estribos.

¿Cómo podía dejarlo todo atrás en aquel despacho y cambiar el chip de inmediato para escuchar los desvaríos de sus hijas de quinto y sexto de primaria, con sus dramas de patio de colegio, sus disgustos y sus victorias? No recuerdo que mi madre hablase del trabajo mientras volvía andando a casa, se quitaba los estilosos trajes que vestía o nos preparaba comida caliente caseira. Yo solo sabía lo que se veía obligada a aguantar tan a menudo porque entraba a hurtadillas en su habita-

ción para hojear sus diarios mientras ella se daba una ducha o se cepillaba los dientes. De no ser por esos pequeños actos de espionaje, nunca habría sabido lo que tuvo que soportar ese año.

Treinta años después me veo debajo de la catalpa más grande de Mississippi. Este árbol es uno de los más importantes de la famosa «senda de los árboles» de la Universidad de Mississippi, donde ahora imparto clases. Sus ramas se extienden en horizontal hasta alcanzar casi la longitud de un autobús y es preciso reforzarlas con soportes metálicos en varios puntos para que las ramas que están blandas y empiezan a descomponerse en el centro no caigan sobre algún estudiante desprevenido.

Las hojas de treinta centímetros de longitud de catalpas como esta para mí siempre han sido sinónimo de refugio del implacable sol y de miradas indiscretas. Cuando me trasladé al sur, creí que necesitaría utilizar esas grandes hojas constantemente, pero por primera vez en mi vida no he tenido que hacerlo. Y por primera vez en sus jóvenes vidas, mis hijos ven a otras personas de piel morena aparte de mí a diario. Aquí, en el sur, nadie se me queda mirando. Nadie se queda mirando a mis padres cuando vienen a verme o cuando están en su casa de ahora, en Florida Central. Mis padres dedican su jubilación a diseñar un intrincado jardín en el patio trasero y a plantar árboles de hojas mucho más pequeñas que las de las catalpas. Una de sus grandes alegrías es ocuparse de los árboles después de dar un paseo diario. Retirar cualquier hoja o rama muerta y podar los árboles así, con más meticulosidad que cualquier corte de pelo que me hicieron en su día.

Cuando voy a visitarlos, una de mis actividades preferidas es caminar entre los frutales con mi madre mientras ella me entretiene con todos los dramas arbóreos que han sucedido desde la última vez que estuve en su casa: «A este árbol se le cayeron todas las flores durante el último huracán, ¿te lo puedes creer? Este año no habrá mangos, qué pena. Este es el árbol en el que mejor crece la orquídea vanda, ¿te acuerdas? Le dije a tu padre que los pájaros iban a dejar pelado este árbol y no me hizo caso, ¿tú te crees?».

En el campus, cuando paso por delante de la gigantesca catalpa, pienso en la tímida niña de sexto que tan nerviosa se ponía cuando la gente se quedaba mirándola. Pero después recuerdo el taconeo seguro de mi madre cuando iba a pie hasta casa después del trabajo con mi hermana y conmigo, cuando la gente nos miraba, pero ella hacía como si tal cosa, o quizá no se daba cuenta. Recuerdo su sonrisa radiante cuando entrábamos como una exhalación por la puerta de su despacho y después sus risas cuando escuchaba nuestras historias de comedor escolar y los dramas de gimnasio de aquel día. Oigo mi propio taconeo cuando corro para conocer a mi primera clase.

La catalpa del campus le ofrece sus flores color crema a la mañana, ya sofocante y húmeda, aunque solo sean las nueve. Sigue en pie, ha superado incluso las dos o tres alertas de tornado que hemos tenido este primer año ventoso en Mississippi. Mientras paso por delante del enorme árbol, tomo nota de qué hojas podrían cubrirme la cara por completo si volviera a necesitarlas. Si volviera a necesitar refugiarme en el anonimato y protegerme de preguntas como «¿Tú qué

eres?» y «¿De dónde eres?». Sigo andando. Mis alumnos me esperan. Mis encantadores alumnos sureños, que insisten en llamarme «señora» a pesar de mis objeciones a media voz. Y estoy impaciente por ver sus bellas caras.